

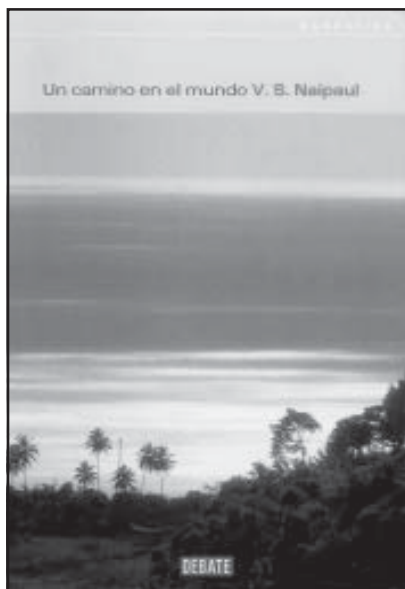
UN CAMINO EN EL MUNDO

V. S. Naipaul (2001).

*Traducción de Francisco Páez de la Cadena.**Madrid: Debate.*

Hay malas noticias para quienes suelen catalogar a V.S. Naipaul como un escritor que sufre de topofobia: el autor de *Un camino en el mundo* confiesa ser, en lo más profundo de sí, un chico de campo enamorado como nadie más de la Port-of-Spain de mediados del siglo XX. Cada una de las páginas de esa especie de arqueología íntima de la escritura como búsqueda y experiencia desde el espacio antillano que es *Un camino en el mundo*, se yerguen desde un espacio que oscila entre la memoria, la historia, la imaginación, la metaficcionalidad, el viaje y la revolución como (im)posibilidades. Bajo la variada gama de temas abordados subyace la consciencia de que es un libro de viajes y que como tal jamás podrá ofrecer una visión primigenia o pura porque la visión depende «de la capacidad de comparar unas cosas con otras». Mas, sin esa mirada, la existencia resultaría instintiva, inobservada.

Para el público venezolano, la lectura de *Un camino en el mundo* puede resultar maravillosa y aterradora. Maravillosa porque este escritor, que ha merecido la distinción de ser reconocido como un intelectual incorruptible, hace gala en las páginas de este libro de un conocimiento excepcional de la realidad venezolana. Viajero incansable, Naipaul ha



recorrido la geografía de nuestro país en varias ocasiones, buscando, en las entrañas mismas del Orinoco, en los Llanos y en el Litoral, esa fuerza telúrica que ha cautivado a tantos exploradores, viajeros y cronistas desde hace cinco siglos. En el paisaje venezolano, en la inmensidad de los Llanos, arrobado por el aroma propio de antiguas plantaciones de cacao, Naipaul ha hallado la magnitud que toda nación requiere para que el bienestar público sea una posibilidad histórica. A diferencia de su isla natal, el territorio venezolano no le parece una excrescencia continental, un accidente geográfico, un trazo irrelevante en el mapamundi. En muchos de sus textos, como ocurre con *La pérdida de El Dorado* (1967), Naipaul ha hecho gala de una excepcional perspectiva de la historia americana; valiéndose de este recurso, el autor de *Un camino en el mundo* establece vínculos entre Cristóbal Colón, Sir Walter Raleigh y Francisco de Miranda, protagonistas de aventuras fabulosas y originales que en algún momento de su vida, movidos por la locura y el autoengaño, hicieron del golfo de Paria el lugar donde pretendieron aplazar el momento de la rendición. El sujeto que Naipaul halla en los *Archivos del General Miranda* editados en La Habana en 1950 es un hombre que, por cierta idea de incompleción colonial, propia de quienes hallaban en su tierra pocos recursos para apoyarse, tuvo que reinventarse a sí mismo, pero que también fue, «desde que abandonó su hogar, un ejemplo de embaucador». Esto lo advirtieron los venezolanos de la época y, movidos por la envidia, lo condujeron a la indigencia. La reconstrucción que Naipaul hace de las conversaciones sostenidas entre Andrés Level de Goda y Francisco de Miranda mientras éste estuvo prisionero en el castillo del Morro en Puerto Rico podrían contribuir a que los venezolanos adquirieran una perspectiva histórica absolutamente necesaria para la comprensión de lo que actualmente ocurre en nuestro país.

Un camino en el mundo es una obra de sorprendente madurez; de su lectura resulta sumamente difícil extraer ideas que no resulten perturbadoras, máxime cuando el texto en cuestión gira en torno a aspectos que afectan terriblemente la dinámica social de nuestras

propias comunidades nacionales. Uno de los rasgos más perturbadores de este libro es la constatación de que el conocimiento de la realidad histórica de cualquier parte del mundo no implica necesariamente una comprensión de su complejidad cultural. No se trata de nihilismo. Tampoco es una pesada jugarreta neocolonial como seguramente argüirán los muchos detractores que tiene Naipaul; simplemente el autor participa en una discusión que se ha caracterizado por la ilusión de verdad que obnubila a muchos de sus interlocutores. Tal vez por esta razón este libro se erige sobre un principio de negatividad. Cualquier pretensión edificante ha sido descartada por el autor porque «No somos capaces de comprender todos los rasgos que hemos heredado; y a veces podemos ser unos extraños para nosotros mismos»

Las cosas por las que Miranda debió pasar después de 1810, conceden a Naipaul la licencia de poner en sus labios las siguientes palabras:

“Así nos perjudicó el imperio español. Nos mantuvo atrasados, nos dio poco que hacer. Como hombres, no nos dio oportunidad de ponernos a prueba. Jamás nos hizo creer en los logros humanos. Sólo nos hizo creer en la suerte, en el nacimiento, en las influencias, en el robo, en tener títulos reales. Nos hizo acobardarnos ante la autoridad mofándonos al mismo tiempo. Nos hizo creer que, en el fondo, ningún hombre merece la pena. Muchas de las tonterías que hice en mis primeros años se deben a eso”.

Arnaldo Valero